

ca” de *Los siete locos* —novela tantas veces considerada por la crítica posterior como caótica, mal estructurada—, “el modo de internarse en las zonas profundas de la conciencia” y la “alucinante sucesión de imágenes plásticas de extraordinario relieve” (p. 248). Es de lamentar que se hayan colado errores y descuidos en la transcripción de otros testimonios: por ejemplo, el texto que escribe Eduardo Mallea (presidente en 1942 de la Sociedad de Escritores Argentinos) a la muerte de Arlt resulta trunco y el que publica Roberto Mariani, gran amigo de Arlt, en la revista del Teatro del Pueblo, *Conducta*, en agosto de 1942, se reproduce sin el nombre de su autor.

El libro de Omar Borré, que viene acompañado por un abundante material fotográfico, es sin duda el resultado de un trabajo de muchos años y de un interés sostenido por la obra de Roberto Arlt. Aunque quedan preguntas sin contestar y zonas de la vida de Arlt que merecerían en el futuro mayor profundización y, sobre todo, investigación (el período que vive en Córdoba, su estancia en España, entre otros), esta biografía entrega un retrato convincente del autor e ilumina varias facetas de su vida y su arte.

ROSE CORRAL
El Colegio de México

ROBERTO ARLT, *Los siete locos. Los lanzallamas*. Coord. Mario Goloboff. ALLCA XX, Madrid, 2000; 872 pp. (*Colección Archivos*, 44).

A más de cien años del nacimiento de Roberto Arlt (1900-1942), su obra literaria, que encuentra su máxima expresión en las dos novelas reunidas en el volumen reseñado, parece hacer caso omiso del paso del tiempo. A partir de *El juguete rabioso* (1926), novela publicada el mismo año de *Don Segundo Sombra*, el referente más prestigioso de los años veinte, Arlt desconcertó a lectores poco o nada acostumbrados al desdén por la elegancia retórica y estetizante, a la provocación de una escritura desaliñada y espontánea que “encierra la violencia de un ‘cross’ a la mandíbula” contra la cultura elitista dominante, como sentencia él mismo en el célebre prólogo-manifiesto a *Los lanzallamas*.

La obra narrativa de Arlt surge a contracorriente, es decir en oposición a la solemnidad académica de ese entonces. Por décadas su obra sufrió menosprecio y rechazo, especialmente entre los puristas de la lengua, al igual que otro escritor rioplatense de excepción, Felisberto Hernández. A pesar de numerosos juicios adversos y poco alentadores que padeció en vida, incluidos algunos de ellos en este volumen (“no conoce la gramática elemental” ni “el idioma en que escribe”; “no ha sabido sentarse en la escuela”; “pisotea el estilo”; “aferrado a un realismo de pésimo gusto”), Arlt devuelve a la narrati-

va el predominio de lo ficcional. Ofrece, pues, una temprana alternativa a una literatura epigonal en la cual normas como belleza, verdad o racionalidad eran consideradas fundamentales en la construcción del texto literario. No deja de sorprender que Enrique Anderson Imbert insista en decir, en 1985, que “no faltaron algunos resentidos que lo enaltecieron para rebajar a escritores más cultos” (*Historia de la literatura hispanoamericana*, F.C.E., México, 1985, p. 281; reimp. en el 2000). Mientras que la mayoría de esos escritores “más cultos” han desaparecido o son leídos únicamente por “correctos miembros de sus familias” (la cita viene del prólogo de *Los lanzallamas*, ya citado), Arlt apasiona a nuevas generaciones de lectores con relatos que estimulan, perturban y transforman al lector.

Desde los años sesenta en adelante, con el cambio de la noción de literatura, pudo reconocerse un talento artístico fuera de lo común, esa “manera torpe, genial y convincente” de narrar, como afirmara Juan Carlos Onetti en un artículo de 1971 (“Semblanza de un genio rioplatense”), no incluido en el *dossier* que cierra el volumen. La “genialidad literaria” que le atribuye el uruguayo —sin demostrarlo, claro— deriva de la “la conciencia del paraíso inalcanzable” que para él mueve la narrativa del porteño. Es decir de su afán de reelaborar y rehacer el mundo mediante desplazamientos de lo familiar hacia lo imprevisible en busca de ilusiones compensatorias, reemplazando una realidad dada por otra inventada, en suma, por el placer de implantar simulacros: “Hay que inaugurar el imperio de la Mentira, de las magníficas mentiras”, dice Erdosain en *Los siete locos*; y más adelante: “Ya que la vida no tiene ningún sentido, es igual seguir cualquier corriente”. Es evidente que Onetti reconoció en Arlt a un hermano mayor, a un escritor que ante la imposibilidad de cambiar una vida vacía y alienante reivindica, como acto de afirmación existencial, el trabajo de la imaginación, elaborando mundos posibles con mentiras, farsas, engaños y sueños, atributos que distinguen el modo de narrar de ambos escritores.

Hasta muy recientemente, la crítica ponía el énfasis en la temática de Arlt: la “inmundicia cotidiana”, el desamparo y la mezquindad, las historias de fracasados carentes de ilusiones, rufianes, vividores, conspiradores y prostitutas al borde de la locura y al margen de la sociedad. Hoy en día, por el contrario, son otros los aspectos reconocidos como su mayor contribución a la narrativa hispanoamericana del siglo pasado. Por un lado, Arlt demuestra que el lenguaje urbano oral y la cultura popular también pueden ser gran literatura, no mero costumbrismo. La vitalidad expresiva de una escritura directa, coloquial y en constante mutación adquiere en sus mejores momentos una eficacia singular y perdurable. Por otro, la interiorización del mundo narrado y la ilimitada capacidad evocativa propician un viaje por medio de la conciencia, borrando todo distanciamiento entre la subjetividad y la realidad em-

pírica. Finalmente, la busca de un ideal inalcanzable (amor, verdad, poder) mediante la invención de posibilidades vitales en el terreno imaginario. Precisamente, la salida imaginativa, el refugio en el simulacro y en la farsa como única alternativa vital constituyen su especificidad, acaso el valor más actual y saliente de su narrativa. Como dijera Rose Corral en *El obsesivo circular de la ficción*: “Tal vez lo más significativo sea precisamente ese predominio de lo imaginario que acaba incluso por convertirse en la única realidad del protagonista” (El Colegio de México-F.C.E., México, 1992, p. 99). En efecto, la reivindicación del imaginario ficcional responde a la avidez de Arlt —y de otros grandes escritores coetáneos (Borges, Bombal, Felisberto, Onetti)— de trastocar situaciones aberrantes por medio de la fabulación y la invención, desplazando la problemática nacional, hasta entonces preeminente en la narrativa, con una profunda y definitiva inserción de la literatura del Cono Sur en la cultura universal. La insatisfacción con la sordidez de la vida corriente y el anhelo de cambio se resuelve en una apertura imaginativa, en una forma de narrar válida por su carácter de ficción, marcando así el advenimiento de una nueva sensibilidad artística.

La presente edición crítica, coordinada por Mario Goloboff, es de gran utilidad. Incluye unas páginas preliminares de Beatriz Sarlo, una introducción y cronología del coordinador y trabajos de Rose Corral, Andrés Avellaneda, Noé Jitrik, José Amícola y Maryse Renaud; agrega, asimismo, una bibliografía de Rita Gnutzmann, un extenso *dossier* de la recepción crítica de *Los siete locos* (1929) y su continuación, *Los lanzallamas* (1931), desde 1929 a 1968, y testimonios de escritores de generaciones siguientes sobre la actualidad de Arlt, multiplicando las posibles lecturas de su obra. Partiendo de “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires” (1920), el primer texto conocido de Arlt, Rose Corral investiga y establece con lucidez las relaciones entre ficción y crónica; Andrés Avellaneda estudia detenidamente los contactos entre la ficción de Arlt y las circunstancias sociohistóricas específicas de la década de los años treinta en la Argentina; Noé Jitrik hace una penetrante lectura textual, con énfasis en la sintaxis narrativa, el fundamento paródico de la escritura y sus relaciones con la narración vanguardista; José Amícola escribe sobre las tensiones que contienen los textos de Arlt, especialmente la locura, y Maryse Renaud discute los contactos entre la obra arltiana y el expresionismo literario y filmico alemán.

En síntesis, la coedición de la Colección Archivos, publicada en once ciudades de América y Europa, permite leer *Los siete locos* y *Los lanzallamas* en una versión confiable, familiarizarse con parte de la recepción de la obra arltiana y con el estado actual de la crítica. Propicia, sin duda, la (re)lectura de un escritor imprescindible del siglo veinte.

HUGO J. VERANI

University of California, Davis